

ASÍ FUE. LA HISTORIA RESCATADA

Gustau Nerín / Alfred Bosch

El imperio que nunca existió

La aventura colonial discutida en Hendaya

Prólogo de Paul Preston

PLAZA  JANÉS

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo de Paul Preston	13
La gran quimera	19
I. Allende Gibraltar	25
Por el Imperio hacia África	26
Los africanistas mandan en España	30
Monopolizando África	35
No hay mal que por bien no venga	39
Cartografía del nuevo orden	42
Los motivos de un antojo	50
Todos contra España	59
Franco Africanus	66
II. Aventuras africanas	73
Mirando a Dunkerque	73
La calma que precede la tempestad	76
¡Al fin la España grande!	82
De la teoría a la práctica	88
Una tormenta de verano	95
Cuando las armas callan	97
Tánger español	102
III. Franco llegó tarde a Hendaya	109
Africanistas y colonialistas, frente a frente	110
La Falange tantea al Reich	113
Regateando con Mussolini	116
Francia en el nuevo orden europeo y africano	120
Preparando Hendaya	125
Desencanto en el ferrocarril	132
Se agota la negociación con el Eje	135
IV. África del Norte. La negociación imposible	141
El futuro pasa por Vichy	142
Máxima alerta en la frontera	147

Indefensión en el Sáhara	151
En guardia	154
Felizmente recobrado: Tánger	157
España tiembla, África se aleja	159
El Eje no descansa	162
¿Libertadores totalitarios?	165
Los aliados a la defensiva	169
Aprovechando lo presente	172
V. África Ecuatorial: general frente a generalísimo	175
El imperio menos soñado	177
La expansión imposible	177
El enemigo a las puertas de casa	180
Huéspedes incómodos	187
Una batalla perdida	187
El cacao de la guerra	190
VI. Antorcha: arde la frontera	197
Previsible imprevisto	197
La incógnita española	199
El día de las sorpresas	202
Ardor guerrero y prudencia gallega	206
Cambio de perspectivas	209
VII. Los sueños mueren en el Sur	211
De gato a ratón	211
Apostando por la cordialidad	215
España no olvida a sus amigos	219
Cuando las barbas de tu vecino veas rapar...	222
Libertad para los vencidos	225
¿Un 18 de julio a la inversa?	232
Tánger infiel	234
El Imperio español contra el nuevo imperio mundial	236
Jugar con fuego	238
El principio del fin	244
VIII. Rehacer una virginidad	247
Hacia la neutralidad	247
El despertar de un sueño	251

Fraternales enemigos	254
Espejismo para imperialistas empedernidos	257
IX. ¡Dios mío, cuánto cuesta morir!	261
Empezar a abandonar	262
Demasiada IDEA	264
Marruecos se va	267
Adiós a la España negra	271
Desierto africanista	274
Olvidar África	278
X. Conclusiones	281
La dimensión colonial	281
La amnesia imperial	283
Notas	287
Bibliografía	307
Índice onomástico	321

PRÓLOGO

Todos los meses recibo varios manuscritos de mayor o menor calidad que me envían autores o posibles editores para conocer mi opinión. Como rara vez se da la coincidencia de que esté trabajando en el tema de esos manuscritos en particular, su lectura me exige abandonar lo que estoy haciendo y adentrarme en una temática distinta. Cuando uno está dedicado de pleno a una investigación histórica, cambiar de tema es como hacer virar un barco enorme —un petrolero o un portaaviones— en un puerto pequeño. Por consiguiente, la llegada de un manuscrito, por interesante que sea, suele ir acompañada de cierto temor, ya que implica una pérdida de impulso en mi «verdadero» trabajo. En algunos casos, sin embargo, el manuscrito en cuestión es tan bueno, tan original, y está tan bien redactado que esa sensación de temor no tarda en disiparse. Eso ocurre alguna que otra vez, pero con escasa frecuencia. Y ocurrió con *El imperio que nunca existió* de Gustau Nerín y Alfred Bosch.

Este libro destaca porque, si bien el tema es totalmente serio y se apoya en una meticulosa investigación, está escrito con humor, ironía y gran abundancia de detalles pintorescos. En consecuencia, se lee como una novela. Es asimismo una importante aportación a la bibliografía sobre una de las cuestiones capitales de la historia española contemporánea: el papel de España en la Segunda Guerra Mundial. El libro trata de «la gran quimera colonial» en la que Franco tenía puestas sus esperanzas con vistas a la construcción de un glorioso segundo imperio. Comienza con un vívido relato de la toma de Tánger el 14 de junio de 1940. Como observan perspicazmente los autores, «Tánger fue para los nacionalfalangistas lo que Trieste para los fascistas o Danzig para los nazis». La toma de la ciudad fue el primer —y último— desafío a la hegemonía anglofrancesa en las relaciones internacionales que, a ojos del Caudillo, era la principal causa de los problemas de España. El deseo de ver sometidas a Gran Bretaña y Francia era sólo una de las aspiraciones que Franco compartía con los dos dictadores que tanto contribuyeron a su victoria en la guerra civil española.

Uno de los muchos aspectos esclarecedores de esta fascinante obra es el análisis de los textos imperialistas e irredentistas de Luis Carrero Blanco, Tomás García Figueras, el general José Díaz de Villegas, José María Cordero Torres, y los muy famosos José María de Areilza y Fernando María Castiella en su libro *Reivindicaciones de España* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941). Entre unos y otros, los imperialistas falangistas y militares perseguían el resurgimiento de la influencia española en Latinoamérica, la anexión de Portugal y la Cataluña francesa, las provincias vascongadas francesas y Andorra, y la mayor parte del imperio norteafricano de Francia, junto con otro millón de kilómetros cuadrados de territorio en el África occidental que incluía parte de la Nigeria británica, el Congo francés, Camerún y Gabón.

Franco recurrió complacido a esta ambiciosa literatura y la incorporó a su retórica. Se consideraba continuador del camino trazado por Isabel la Católica: «El mandato de Gibraltar, la visión africana, unidad política; mandatos políticos que pasados cuatro siglos aún perduran en eterna lección.» En otros muchos aspectos de la etapa inicial del franquismo, especialmente en la iconografía de sus actos públicos, aparecía una mezcla de lo antiguo y lo moderno. Análogamente, las teorías producidas por los estrategas militares, los geógrafos y los falangistas en busca de promoción se hallaban bajo la clara influencia de la contemporánea obsesión alemana con el *Lebensraum*, pero también concordaban con el deseo de Franco de reconstruir el esplendor imperial del Siglo de Oro.

Siguiendo de cerca a la entrada de los alemanes en París, la marcha sobre Tánger contradujo las posteriores declaraciones de Franco, que afirmó haber actuado con hidalguía frente a la Francia vencida. La verdad era, por el contrario, que el Caudillo esperaba incitar a las tribus del Marruecos español a alzarse contra sus dominadores franceses a fin de verse obligado a intervenir para restablecer el orden. A principios del verano de 1939, el nerviosismo del gobierno francés ante las hostiles intenciones de Franco era más que suficiente para enviar como embajador a Madrid al mariscal Philippe Pétain, que contaba ya ochenta y cuatro años de edad. Tal gesto reflejó la magnitud de los temores franceses. Utilizando el prestigio de Pétain se pretendía halagar a Franco con la vana esperanza de aplacar su hostilidad hacia Francia. Cuando el venerable *maréchal* francés llegó a Burgos —por entonces todavía la

capital de Franco—, la recepción oficial fue de una frialdad insultante. La policía y la Falange se encargaron de que encontrara a su paso las calles vacías y los postigos de las ventanas cerrados. Pétain llegó con un espíritu de buena voluntad y colaboración, pero el Caudillo sólo le permitió presentar sus credenciales tras una interminable espera. Luego, pese a la formal cordialidad del discurso en respuesta a las halagadoras palabras de Pétain, Franco y sus ministros lo trataron con hosco desdén. Pétain montó en cólera por el trato recibido y jamás lo perdonó.

La toma de Tánger fue la lógica prolongación del resentimiento de Franco hacia la potencia francesa y su personal satisfacción por la victoria de la Wehrmacht. Para Franco, los africanistas de la cúpula militar y la mayoría de los falangistas, la administración internacional de Tánger era una vergüenza comparable a Gibraltar, otra espina clavada en el corazón español. En los sueños imperiales de Franco y otros, la toma de Tánger no era más que el primer paso de todo un imperio africano. Tales ambiciones se pusieron pronto de manifiesto en la agitación promovida entre las tribus locales para justificar la «pacificadora» intervención española. Finalmente, ésta se vio frustrada debido a la enérgica reacción de las fuerzas francesas en el norte de África. Como demuestran los autores, los generales españoles, pese a su entusiasmo africanista, eran conscientes de las deficiencias de sus propias fuerzas.

Los autores establecen asimismo la relación entre las más amplias ambiciones del régimen de Franco y las antagónicas intenciones imperialistas de la Francia de Vichy, el Tercer Reich y la Italia fascista. Su exposición resulta especialmente fascinante al abordar las complejas —y solapadas— maniobras diplomáticas entre España, Francia, Alemania e Italia tras el armisticio y hasta el final de la guerra. Al desarrollar este punto, proporcionan una mejor comprensión de la brecha existente entre, por un lado, los sueños de Franco y la retórica del régimen y, por otro, la realidad de la situación económica y militar de España después de la guerra civil y durante la Segunda Guerra Mundial. Recordándonos que, en el curso de las negociaciones hispanoalemanas, los negociadores españoles afirmaron sin ningún fundamento ser capaces de ofrecer al Eje «dos millones de veteranos de la mejor calidad», los autores añaden otro clavo al ataúd del mito de Franco como arquitecto de la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial. Hasta qué

punto Franco situó sus ambiciones africanas en el centro de su política exterior en favor del Eje queda ilustrado por el hecho de que su amigo africanista Tomás García Figueras formaba parte del equipo que, en septiembre de 1940, estudió las bases de una posible entrada española en la guerra al lado del Tercer Reich.

A este respecto, los comentarios de Gustau Nerín y Alfred Bosch aparecen hábilmente enriquecidos por la perspicaz interpretación de los puntos de vista del propio Franco. Sin las experiencias africanas de Franco en su etapa de joven militar, cuesta concebir tal grado de afrocentrismo en la política exterior española. Como observan en uno de los pasajes más agudos de este magnífico libro: «Ni siquiera está demasiado claro que sintiera ningún amor por África. En realidad, su vivencia marroquí tuvo un carácter primordialmente bélico, y por ello el dictador mostró más interés por la vida cuartelera de sus legionarios que por las sociedades magrebíes. Contra lo que más tarde escribieron sus apologistas, sentía una clara hostilidad hacia todo lo marroquí. Franco jamás llegó a hablar más de cuatro palabras en árabe, y sus concepciones sobre el Magreb se caracterizaban por su tono racista y antiislámico.» Franco siguió obsesionado con África. En 1956, el horror experimentado por Franco el *africanista* ante la perspectiva de la descolonización de Marruecos lo llevó a perder su habitual serenidad en privado. En su relato sobre varios almuerzos en El Pardo durante esta época con un callado y taciturno Caudillo, el primo de Franco, Pacón Franco Salgado-Araujo, explicó que era incapaz de responder a las habituales tácticas para entrar en conversación y masticaba sin cesar pabillos que luego dejaba apilados en la mesa.

El libro se sustenta en la sagaz idea de que los africanistas que antes habían controlado brutalmente a la población civil de Marruecos ahora controlaban la metrópoli... y su política exterior. Una de sus ambiciosas tesis plantea que los africanistas tenían la esperanza de mantener su influencia y consolidar su poder mediante una nueva campaña colonial. De hecho, sus años en las academias militares y en África los habían llevado a la sincera convicción de que el destino de España era poseer un vasto imperio colonial. A los tópicos militares que les habían inculcado siendo cadetes, se sumó la vaga retórica de la Falange, si bien los autores ponen de relieve que la idea de imperio de José Antonio Primo de Rivera era poco explícita geográficamente y, a lo sumo, se orientaba hacia Latinoamérica. En úl-

timo extremo, las ambiciones imperiales de España fueron incompatibles con las de Alemania, Francia e Italia. En todo caso, tras desembarcar en el norte de África las fuerzas británicas y estadounidenses el 8 de noviembre de 1942, Franco tuvo que olvidarse de sus ambiciones imperiales. Como deja muy claro este libro de extraordinaria perspicacia y ágil lectura, «la gran quimera colonial» acabó reducida a «un número de opereta».

PAUL PRESTON